

Los hijos del pueblo tienen las armas para vencer

Que los hijos del pueblo no olviden que tienen las armas para vencer en esta y en futuras empresas, pero el objetivo de ahora es ganar la guerra. Con un gesto de hombre se conquista la gloria. Es un momento en que los pueblos se immortalizan o caen y se hunden en el silencio y la ignominia. El fallo de la Historia juzgará a cada uno según su conducta. Y yo, catalán, ambicioso para Madrid, ese Madrid inquieto y fácil y humano, generoso y noble, el alto orgullo de mantener por derecho propio la capitalidad de la República y de dejar escrito su nombre en las páginas imborrables del libro de la Historia.

Nuestro pueblo, ese magnífico pueblo que tiene el alma llena de fines y de vivar inquietudes, había señalado ya a la República el camino a seguir, que no siempre fue atendido. El se manifestaba como podía con la esperanza de que espieran traducirse en actos la dirección clara, enérgica y profundamente transformadora, sus grandes ilusiones. Pero se le regaló mucho, para complacer o apaciguar a los traidores y enemigos de la República. Y ahí tenéis la respuesta.

Pero, pueblo, hermano pueblo. Ahora tú tienes la palabra. Demuestra que no eres un cado, y que no estás atacado de ningún daño moral por los efectos de la tortura a que te han sometido. Demuestra que quedo sana y limpia de la infección austriaca y borbónica tu sangre y tu corazón. Lucha, vence o muere en tu sitio, soldado del Ejército Popular, hijo esforzado y simbólico del pueblo español. Combate con las armas, con los dientes, con las garras. Lánzate en alusión contra el enemigo, que es una sombra, sólo una sombra, a la que ahuyentará el temple de tu alma y el ángel bello de tu ideal victorioso.

—Tú, cobarde, atrás. Te marcaré con el hierro candente de la infamia. Debes ser nacido de un bastardo borbónico y de una cortesana extranjera. Por esto retrocedas y arrojas las armas. Deja el paso libre, que no eres de los nuestros y te has metido en nuestras filas. ¡Aparta, rufián!

¡Vosotros, valientes madrileños, adelante! Cataluña os ha enviado refuerzos y os ama y os admira.

¡Madrid! ¡Madrid! Pronunciaremos tu nombre como un rezo y como una admiración. ¡Gánalo!

LUIS COMPANYS



¡Obreros antifascistas, todos a Madrid!



Enemigos de todo lo que pueda significar desunión, aclaramos que cuando decimos obreros antifascistas nos referimos a todos los que en estos momentos sienten vivos deseos de terminar con las hordas que asedian nuestra capital.

A Madrid todos, absolutamente todos los que pueden empuñar las armas. Y los que en la retaguardia tienen que quedarse forzosa y obligatoriamente, para aprovisionar a los combatientes de municiones y víveres, también deben estar pendientes de la epopeya gloriosa que viven nuestros camaradas madrileños y los que a ellos se han unido de las demás provincias y de los abnegados internacionalistas que vienen a nuestro país a derramar su sangre en holocausto de una España libre. Queremos decir que estos dillinos, o sea los movilizados en la retaguardia, deben tener el pensamiento puesto en trabajar intensamente, día y noche, para fabricar todo el material que sea necesario para aplastar definitivamente a las cabezas fascistas y a todos los que siguen las órdenes arbitrarias de los que quieren hacer de España el epicentro de la libertad.

Obreros conscientes, antifascistas todos: jamás hemos tenido ocasión como la de hoy, de demostrar a todo el proletariado internacional, a todos los que tienen sentimientos liberales, de lo que puede un pueblo solidario en todas sus manifestaciones, en todos sus sacrificios y en todas sus ansias de gozar plenamente de la libertad.

Conquistadores, gladiadores de la nueva Sociedad: un sólo grito, un sólo clamor a todos por igual, debe embargarnos hasta la embriaguez del triunfo. Y aquél debe ser que se convierta el oro, todo el oro, inclusive el del Tesoro Nacional, en apiones, cañones, municiones. Todo, todo para el frente de Madrid. Madrid debe ser la sepultura del fascismo. En aquellas tierras hidalgas que siempre supieron resistir a la invasión despótica y tiránica de quienes querían convertir a España en un feudo de sus ambiciones, será no lo dude nadie, donde quedará exánimes todos los enemigos del pueblo, todos los elementos nocivos al género humano.

Pueblo de Madrid, no desmayes. Tras de ti está toda la España liberal, todo el proletariado internacional; pronto sonará la hora en el reloj de tu emancipación, que será la de todos los oprimidos del mundo; triunfarás de la muerte, de la opresión, de la tiranía; brillará por las tierras castellanas, por todos los ámbitos de España y del mundo, el sol de la Libertad.

¡Hurra por nuestra emancipación, por la revolución triunfante!

Mueran y queden sepultados por las tierras madrileñas, todos los enemigos del pueblo, toda la reacción, para que sus cenizas, una vez quemados sus cuerpos, sean aventadas y esparcidas por el mundo, como símbolo de la liberación humana!

En el frente de Madrid

Captura de un tanque y fusilamiento de siete traidores

Nada más difícil para un testigo presencial de una batalla que informar del conjunto y resultado de ella. Me veo en el mismo apuro que se encontraría un criado indiscreto que, mirando por el agujero de la cerradura de una de las puertas de un gran salón repleto de gente, fuese forzado a referir todo lo que en la amplia estancia hubiera ocurrido.

Muy de mañana, apenas amaneció el día, marché unido a unas patrullas, que pronto se atrincheraron hacia la derecha, mirando al enemigo. Sobre nosotros sibilan las balas y alrededor, estallan las granadas. Nos vemos obligados a permanecer quietos y muy agazapados para evitar el fuego enemigo. Se trata, según me dicen, de una preparación para el ataque.

No se duerme nuestra artillería. Sobre nosotros pasan las granadas, que van a estallar en el frente enemigo.

Pronto vemos aparecer unos tanques, que avanzan hacia nosotros, y tras ellos, parapetándose con las máquinas, los soldados al servicio de los rebeldes.

De haber permanecido en la trinchera, hubiésemos sido arrollados por los orugas. Se nos indicó un corrimiento hacia la derecha. Lo efectuamos amparándonos por la zanja, y, tras un salto un poco peligroso a campo descubierto, que nos costó dos heridos, leves, por fortuna, que evacuamos nosotros mismos, ganamos un parapeto y, protegidos por las piedras, atacamos por el flanco a los tanques. Nuestros fusiles y una ametralladora estuvieron sembrando balas durante... No sé. A mí me pareció un siglo; puede que no fuera más que un cuarto de hora. Los tanques enfilaron hacia nosotros. Los asaltantes que tras ellos se amparaban cambiaron de posición, no sin sufrir bastantes bajas.

De pronto observamos que los tanques, que se habían dividido en dos grupos, dan marcha atrás. Los asaltantes buscan la protección de sus trincheras; pero éstas chipirran a ser abandonadas por los que las ocupaban. Nuestra aviación ha aparecido. Sobre ellas, vuelan muy bajo; deja caer granadas de mano y ráfaga con las ametralladoras.

Se da la orden de avance, pero no nos alcanza a nosotros; por habernos corrido por el flanco. Lo séptimos. Hay protestas rabiosas. Nos contiene el capitán, ordenándonos que protejamos el avance. Así lo hacemos, y

muy eficazmente por cierto, pues nuestra posición, en alto, domina el campo enemigo. Pronto no tenemos blanco sobre que disparar. El enemigo ha desaparecido. La loma fronterá la remontan nuestros bravos soldados.

He perdido lo más interesante.

Tengo un pequeño desquite. Al regresar a Madrid, la casualidad me une a uno de mis compañeros de primera hora de la mañana. Luce el gorrión rojo y negro. Me cuenta entusiasmado que en el avance que hicimos, hicieron retroceder al enemigo cerca de cuatro kilómetros.

También me entoro de que uno de los tanques que nos atacaban ha caído en nuestro poder.

La suerte me dió una compensación. Al abandonar la trinchera, supe que un grupo enemigo, huyendo, sin duda, al verse atacado por un flanco, se había corrido hacia el opuesto. Aprovechando un asiento en una moto, me trasladé allí. El ataque del enemigo careció de importancia; pero dió motivo para descubrir una maniobra criminal. Un grupo de caballistas nuestros, es decir, pues se trataba de unos traidores, corría líneas adentro sembrando la alarma por los pueblos, al grito de: ¡que vienen los moros!

Los moros, dicho sea en verdad, no los he visto en todo el día.

Enterado el mando de lo que había ocurrido, hizo ejemplar justicia con los traidores, que en el acto fueron fusilados en la plaza de Pozuelo de Alarcón. — G. y T.

"AGUILA"

Este es el nombre del grupo anarquista que se ha formado en Castellet del Llobregat y que con esta fecha se ha adherido a la organización específica (Intercomarcal del Cardener y Alto Llobregat) para poner al servicio de Acrecia toda su voluntad, toda su inteligencia y todo su esfuerzo, para que aquélla en un tiempo no muy lejano irradies en todo el suelo ibérico con su esplendoroso sol de libertad y justicia.

Todos los grupos y compañeros que quieran sostener correspondencia con él pueden dirigirse al Sindicato de la C. N. T. de dicha localidad.

ANTONIO COL

Un héroe del pueblo

Como símbolo y ejemplo para nuestros heroicos combatientes, se ha venido proyectando asiduamente la maravillosa cinta soviética «Los marineros de Cronstadt», donde puede apreciarse de qué manera un hombre audaz basta para impedir la obra destructora de un carro de asalto.

No se perdió la eficaz enseñanza. Así acaba de demostrarlo Antonio Col, otro de los mártires de la causa de España, que ha revivido aquellas hazañas de epopeya con un valor frío, consciente, abnegado, cuyo solo recuerdo bastaría para hacer imborrable en la Historia la gesta espléndida de España contra el fascismo internacional.

Antonio Col, cabo de Infantería de Marina, formaba parte de una compañía que adoptó el nombre de «Los marineros de Cronstadt». Y pronto uno de sus miembros demostró que estaba dispuesto a cumplir como su lema exigía.

Durante uno de los más encarnizados ataques del enemigo contra los arrabales madrileños, avanzaron seis tanques, utilizando todo el aparato de sus medios ofensivos. Antonio Col, situado detrás de una ametralladora, dificultaba la marcha de los carros con certeros disparos.

Pero no bastaba con aquello. Las balas iban a estrellarse en la armadura blindada, y el nuevo héroe popular no tuvo un instante de vacilación: rápido, con la celeridad del que sabe darse cuenta de la transcendencia que encierra cada segundo, saltó fuera del parapeto, rodeada su cintura de granadas de mano.

Con ellas, lanzándolas a las ruedas de los tanques, los inutilizó, uno tras otro. Cuatro de éstos quedaron inmóviles, clavados en tierra, quemados, deshechos por el fuego de la metralla. Pero los disparos hechos desde el quinto carro alcanzaron al bravo luchador, que ofrendó su vida por salvar las de sus compañeros. Y, entonces, los testigos del acto heroico, poseídos del mismo espíritu del camarada muerto, arreciaron su ataque en la misma forma, y pronto los dos tanques restantes perdían toda eficacia, quedaban arrumbados en la carretera, viéndose forzada a huir a campo traviesa la avanzadilla de infantería facciosa que avanzó protegida por las máquinas bélicas.

¡Antonio Col... El pueblo de Madrid tiene contraída con este abnegado luchador una deuda impagable. En su memoria, que todos y cada uno de los que se apiñan en las trincheras se hagan la promesa de imitarle para ser dignos de tal compañero y poder honrarle como merece, en la Paz, tras emularle en la guerra.

